LA VANGUARDIA.es

TAHAR BEN JELLOUN - 16/02/2004

AVALLONE

La memoria amarga

NO SE PUEDE CONTESTAR al racismo mediante otro racismo; por esta razón, España ha de evitar caer en los mismos errores que Francia

TAHAR BEN JELLOUN - 03:16 horas - 16/02/2004

Francia no acaba de pasar definitivamente la página de la dolorosa historia de sus relaciones con Argelia. Ni la izquierda ni la derecha han logrado entablar relaciones normales con esta antigua colonia. La culpabilidad es una realidad compleja, una cuestión espinosa que entorpece y dificulta cualquier relación, que nutren y explotan políticamente todas aquellas personas interesadas en que no cambien las cosas.

Aún hoy en día puede constatarse, merced a los testimonios e investigaciones de historiadores, que Francia practicó notable y abundantemente la tortura en la persona de los militantes del FLN. Igualmente utilizó a los “harkis” –soldados argelinos enrolados en las fuerzas armadas francesas– para, a continuación, abandonarlos a su suerte tras negociar la independencia. Los “harkis” fueron liquidados a miles al ser considerados traidores por parte de sus compatriotas. Lo cuenta en una obra reciente el periodista Guy Benhamou.

Observadores de uno y otro signo viven este recuerdo común de manera neurótica. Sigue siendo una memoria confusa, infamante y carente de reconocimiento, factor que explica los problemas que experimenta actualmente la sociedad francesa a propósito de la cuestión de las muchachas que visten velo y de la protesta contra la laicidad. Se trata, en general, de jóvenes franceses y francesas hijos de padres inmigrantes, sobre todo de Argelia. Al reivindicar la libertad de llevar el velo, al manifestarse en la calle para proclamar su fe en el islam interpretado con rigidez, estos jóvenes quieren recordar a Francia que su auténtica identidad se sitúa en las filas de la religión y de la fe, y no de la laicidad francesa, es decir, de la libertad. Le están diciendo a este país que el islam no es sólo su segunda religión, sino que debe formar parte integrante de su cultura, participar de su propio ser, su esencia y su moral.

En el curso de estas manifestaciones, ha podido detectarse una voluntad de transferir raíces propiamente argelinas hacia una Francia que, de hecho, las había maltratado. Y ésta constata que se la conmina a que acepte hoy –en nombre de la libertad– lo que ayer atacó. En este sentido, la irrupción del islam en el espacio social y político de este país, el primero en Europa que logró alcanzar –tras dilatadas luchas– la separación de la religión y el Estado, constituye una cuestión más compleja de lo que parece a primera vista. La cuestión planteada no se refiere únicamente a la práctica de la religión musulmana, sino su enlace y unión con la cultura y educación francesas. Porque vestir el velo constituye un símbolo, un signo que significa una realidad precisa y determinada, que proclama un conjunto de ideas y de voluntades determinadas que se hallan en

contradicción con el espíritu de la República.

Es una forma de trastornar los hábitos, logros y experiencias de la democracia francesa. Únicamente dos versículos del Corán se refieren al porte del velo, aparte de que hasta fecha reciente, hace apenas quince años, no había surgido el fenómeno en las escuelas. La reacción de Francia ha sido torpe. Dicho esto, una ley resultaba preceptiva, aunque sólo fuera para recordar que la laicidad es un valor fundamental de la democracia en este país.

España, cuya población inmigrada no supera un 1% (mientras que la de Francia es de un 6% y la de Alemania de un 8.8%), se agita e inquieta notablemente por tratarse de un polo de inmigración, ya sea de inmigrantes de procedencia sur o de Latinoamérica.

La relación de España con Marruecos no se caracteriza por la serenidad. En ocasiones se asemeja a la de Francia con Argelia. La historia de la Andalucía árabe-musulmana y posteriormente las decisiones políticas de la reina Isabel la Católica, para no hablar de la colonización del norte de Marruecos y de sus provincias saharianas, constituyen un recuerdo amargo. España, en el fondo, no ha pasado la página de su relación histórica con Marruecos. Hay muchachas que llevan el velo en su territorio, y un islam rigorista trata de ocupar un espacio político en la España actual. Cabe buscar el sentido de este fundamentalismo en una respuesta al racismo, del que constan trágicos ejemplos en El Ejido. Sin embargo, responder al racismo mediante otro racismo constituye una reacción notablemente funesta y aciaga. Por esta razón, España ha de evitar caer en los mismos errores que Francia, superando un cierto nerviosismo que denota en la actualidad. Su vecino Marruecos se opone a la inmigración clandestina tanto como ella, como se opuso enérgicamente a los fundamentalismos de los que fue víctima el 16 de mayo del 2003. La cuestión presenta en España ribetes de menor trascendencia que en Francia. Se trata de un sumario de más fácil apertura y lectura. La respuesta frente al amenazante integrismo radica en la justicia, en el combate sincero contra el racismo bajo todas sus formas y en una voluntad política de hacer de Marruecos un socio económico y también un aliado político en lo referente al espacio europeo.

El caso del velo podría –de forma paradójica– tener un aspecto positivo: obligar a los gobiernos de los dos países a unir sus fuerzas en un combate respectivo contra el fanatismo, la clandestinidad y la desesperación. A tal fin, España debería dirigir sus miradas hacia el sur y concebir un futuro mejor con relación a esta vecindad cuya modificación en tanto que hecho dado no se halla en su mano.

TAHAR BEN JELLOUN, escritor. Premio Goncourt 1987
Traducción: José María Puig de la Bellacasa

LA VANGUARDIA, el diario más vendido en Catalunya Control OJD-WWW
Copyright La Vanguardia Ediciones S.L. y Iniciativas Digital Media S.L. All Rights Reserved Aviso Legal